

Jaime Eyzaguirre G.
Director del Instituto de Historia de
la Universidad Católica de Chile, y
profesor en las Facultades de Dere-
cho de las Universidades de Chile y
Católica de Chile.

CUATRO SIGLOS DE LA DIOCESIS DE SANTIAGO *

En carta de 16 de julio de 1892, dirigida a los Obispos de España, Italia y ambas Américas, el egregio León XIII rememoraba el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo y no vacilaba en afirmar que “ese hecho, considerado en sí mismo, es el más grande y hermoso que edad alguna vio jamás llevado a cabo por los hombres”. Y no le faltaba razón al Pontífice para admirar, como cabeza visible de la Iglesia de Cristo, la epopeya del nacimiento de América. Por su causa añade el mismo, “centenares de millares de mortales surgieron del olvido y de las tinieblas en que yacían y fueron restituidos a la común sociedad del género humano, convertidos de la barbarie a la suavidad de costumbres y a la vida civilizada y, lo que vale incomparablemente más, transportados del camino de perdición al de la vida eterna, con la comunicación de los bienes que nos mereció Jesucristo”.

He aquí, precisamente, la razón de ser, el nervio vital de la colonización española en las Indias. Por sobre motivos políticos y económicos que no se discuten, brilla como norte subordinador y jerarquizante el de la expansión de la fe. Es ella la que mueve el corazón magnánimo de la Católica Isabel y la voluntad de sus sucesores los Carlos y los Felipe. Presente está en cada uno de sus pasos el objetivo misional, la necesidad apremiante y siempre insatisfecha de hacer llegar hasta los confines del globo la palabra salvadora del Evangelio. Por eso, desde el primer momento, será el templo cristiano la construcción más augusta en los nuevos pueblos y la geografía se llenará de nombres santos. Salvador, Santa Fe, Concepción, Asunción, Rosario, Santiago, brotarán aquí y allá como otras tantas invocaciones de una letanía gigante que abrazará al continente.

Así penetra América en la historia. Así Chile al concierto del mundo civilizado.

LOS PRIMEROS MISIONEROS

Cuando los ciento cincuenta españoles esforzados acampan en el valle del Maipo y su jefe Pedro de Valdivia traza la primera ciudad que pone bajo la advocación del patrono celestial de las armas castellanas y delinea el solar donde ha de

* Discurso pronunciado en la velada conmemorativa del IV Centenario de la erección de la Diócesis de Santiago.

alzarse en el nuevo territorio en conquista el primer templo cristiano, tres sacerdotes le acompañan: Juan Lobo, Diego Pérez y Rodrigo González Marmolejo. A ellos se irán juntando poco a poco otros venidos del Perú, entre los que ha de recordarse al mercedario Antonio Correa, que había de ser el primer regular establecido en el país.

Vida agitada e incierta fue la de estos eclesiásticos. Mezcla de apóstoles y de soldados, ora alzaban la cruz como enseña de redención del indio, ora empuñaban la espada para defender sus vidas expuestas al ataque del potencial catecúmeno. ¿Cómo olvidar la valerosa participación del clérigo Juan Lobo en la defensa del villorrio santiaguino asaltado por el cacique Michimalongo? ¿O a Bartolomé del Pozo, que rindió la vida en el sorpresivo ataque de Tucapel, junto al caudillo Pedro de Valdivia?

Y en la serie de estos primeros sacerdotes poseídos de indudable arrojo, ha de tener sitio especial el ya nombrado Rodrigo González Marmolejo. Nacido en la soleada tierra andaluza, pasa el mar para servir como capellán en el Perú y en increíbles expediciones al Altiplano y al Gran Chaco, donde vio perecer a muchos de sus acompañantes. Sigue después con celo y fidelidad a Pedro de Valdivia en la empresa de Chile, de escasos horizontes económicos y no pocos peligros.

Aquí no tiene instante de reposo. Recorre de uno a otro extremo el largo territorio; se ve expuesto en combates y está a punto de morir ahogado en las aguas del río Cruces. Sirve un día de maestro de primeras letras, otro de instructor de catecúmenos indígenas y siempre moderador de la violencia y freno de la codicia. Su contemporáneo el escritor Mariño de Lobera, recuerda las hermosas palabras que dijo a los soldados de la Imperial, instándolos a evitar agravios que sólo servirían para estorbo de la evangelización de los aborígenes. Y Pedro de Valdivia, en carta al rey, subraya su celo en “ganar ánimas para el cielo, de los naturales, e animar a los cristianos a que no pierdan las suyas por su codicia, sembrando siempre entre ellos paz y amor”.

He aquí el retrato legado a la posteridad por los compañeros de don Rodrigo. He aquí también la explicación de sus sucesivos nombramientos como Cura y Vicario foráneo de Santiago por el Obispo del Cuzco en 1547 y, poco después, como Vicario y Visitador de estas tierras, por el de Charcas. Su prestigio sólido resistió incólume el ataque de la malevolencia y la intriga de los que ambicionaban mitras. Al instituirse por el Papa Pablo IV, el 27 de junio de 1561, la diócesis de Santiago, don Rodrigo González Marmolejo fue escogido por su primera cabeza. Gastado por los años y trabajos, no pudo viajar hasta el Perú para recibir la consagración de manos de algún Obispo y hasta la toma de posesión del cargo debió hacerla por medio de procurador. Pero sacando a flote sus últimas fuerzas logró convocar en 1563 una junta de teólogos para analizar el problema de la justicia de la guerra y el del trato que se daba a los indios sometidos. Y como resultado de estos estudios urgió a rudos capitanes a que no desmintieran su fondo cristiano, y restituyesen a los aborígenes bienes indebidamente usurpados. Cumplida esta última tarea de justicia, entregó su alma a Dios, en estrecho abrazo con la pobreza, don Rodrigo González Marmolejo, primer Obispo de Santiago. Quien le vio en sus postreros días, afirma “que no tenía con qué se poder sustentar, sino que de otras partes se le daba lo que tenía necesidad y tenía tan pobre cama como cualquier soldado”.

MEDELLIN, EL VIGOROSO

Si a González Marmolejo cupo la gloria de abrir la evangelización de Chile y empuñar aquí el primero el báculo pastoral, al franciscano extremeño fray Diego de Medellín tocó el insigne privilegio de dar estructura orgánica al Obispado de Santiago. Cuando asumió el gobierno eclesiástico, su incommovible entereza y voluntad de acero le prestaron el hálito de juventud que le negaban sus avanzados años. Viajó por la diócesis hasta las regiones transandinas de Mendoza y San Juan; participó en el III Concilio Provincial de Lima, donde se redactó el catecismo que por siglos se enseñaría en Chile; reunió el primer Sínodo diocesano; concluyó la iglesia catedral; creó parroquias y doctrinas para los indios; y fundó el Seminario para adiestrar al futuro clero de la diócesis. Fue implacable frente a los conatos de intervención civil en los asuntos de la Iglesia y no menos enérgico con los que atropellaban la dignidad humana de los indígenas. Resuelto a poner fin al sistema de trabajo forzado a que, con violación de las leyes reales, se les tenía sometidos, mandó a sus sacerdotes que ni absolvieran en confesión a ningún encomendero que antes no presentase una nota con su firma. El, por su parte, sólo la otorgaba cuando previamente el solicitante se avenía a suscribir una petición para reemplazar el servicio personal por un tributo.

Fue así como en 1580 pudo dictarse por el Gobernador Martín Ruiz de Gamboa, una Ordenanza protectora de los aborígenes, inspirada en los principios justicieros del Obispo. Pero sus nobles esfuerzos serían en breve destruidos por la presión de los intereses afectados. "El mayor deseo que en esta tierra tengo es ver a estos naturales con alguna quietud", escribía Medellín al rey, desahogando su honda preocupación pastoral. Iba a morir en 1593 a los noventa y siete años de edad, sin alcanzar la realización de su anhelo.

EL SIGLO XVII

No expiró la centuria antes de que la diócesis santiaguina se viera enriquecida con la llegada de nuevos institutos religiosos. A los ya presentes mercedarios y franciscanos, de probada eficacia en los primeros pasos de la evangelización, vinieron a añadirse los dominicos, jesuitas y agustinos. La predicación tomó así más vuelo y la enseñanza un apreciable impulso. En el siglo XVII, tan estragado por la lucha guerrera, la inteligencia y el espíritu apenas pudieron encontrar eco fuera de la Iglesia. Entonces iban a ser los claustros, sobre todo jesuitas, el preferido refugio de la incipiente cultura y el centro más activo de defensa de la causa indígena. Es la época del galano escritor Padre Alonso de Ovalle, al que en el tiempo la Real Academia Española iba a consagrar como autoridad del idioma castellano. Es la del franciscano Alonso Briseño, que en Madrid y en Roma sorprende por su profunda versación de la filosofía de Duns Scoto. Es también la hora de los infatigables luchadores de la causa aborígen, los jesuitas Luis de Valdivia y Diego de Rosales, y los Obispos Juan Pérez de Espinoza, Francisco de Salcedo y Diego de Humansoro. Es, en fin, el período del ilustrado Obispo agustino fray Gaspar de Villarroel, empeñado en conciliar con indudable erudición y no escasa sutileza los derechos de la Iglesia y del Estado. Y si en verdad su pluma y actitud parecen en momentos doblegarse ante

las pretensiones del poder civil, no lo es menos que su acendrada piedad y desbordante espíritu caritativo conmueven en lo más hondo.

¿Quién podrá olvidarlo en esa trágica noche del 13 de mayo de 1647, en que un fuerte terremoto arruinó la capital e introdujo la angustia y la muerte en todos los hogares? Abriéndose paso entre los escombros, que estuvieron a punto de sepultarlo, se olvidó de sí mismo para sólo pensar en el dolor ajeno y ser el padre misericordioso de todos. Poco después iba a vender su pectoral, el resto de sus alhajas y de lo que aún quedaba de su biblioteca para aliviar la urgencia de los pobres. Años más tarde, ya promovido a la sede episcopal de Arequipa, un cronista de la Orden de San Agustín quiso recoger de su pluma algunas noticias autobiográficas, pero sólo logró de él una humilde enunciación de sus faltas y debilidades que concluía con estas palabras: "Si yo, mi Padre Maestro, hubiese merecido que Dios en tan prolongada edad me hubiese dado virtud, dejara muy buena memoria de mí; pero, no habiendo de ser buena, no haya memoria de mí".

ALDAY Y LOS JESUITAS

Con el siglo XVIII se afianza poco a poco la paz en Arauco y la vida chilena puede orientarse hacia preocupaciones más constructivas. Se concentra una parte de la población dispersa en nuevas ciudades, coincidiendo el ánimo de la Corte con el deseo manifestado por el Obispo de Santiago, Luis Francisco Romero. Así la cultura gana terreno y la instrucción religiosa se torna más fácil. Las bibliotecas conventuales acrecientan sus fondos y sumadas las que tenían los jesuitas en sus diversas casas logran enterar los quince mil volúmenes. La inquietud científica, a tono con el siglo, se cuela por los claustros. El dominico Sebastián Díaz y el jesuita Manuel Lacunza se interesan por la astronomía, y el jesuita Juan Ignacio Molina, estudia la flora y la fauna de Chile. Gracias a un grupo escogido de artistas y artesanos alemanes, traídos al país por la Compañía de Jesús en la primera mitad de la centuria, los templos se decoran con hermosura y el barroco bávaro que ellos introducen logra en este extremo del mundo buenas expresiones.

Parte de este tiempo propicio coincide con los treinta y cuatro años del gobierno eclesiástico de don Manuel de Alday, que se inicia en 1754 y que queda en los anales de la historia eclesiástica del reino de Chile como el más brillante.

Era Alday hombre de rica personalidad, de ilustración vasta y ardiente fibra apostólica. Su ascenso fue sorprendente. A los diecinueve años de edad era Doctor en Teología; a los veintidós, en Cánones y Leyes; a los veintiocho asumía las funciones de Canónigo doctoral de la Iglesia Catedral de Santiago, que había ganado por concurso antes de ordenarse sacerdote; y a los cuarenta y dos años empuñaba el báculo pastoral de la diócesis.

En esta función delicada ni conoció descanso ni minuto de flaqueza. Su rápido y meticoloso despacho de los asuntos de gobierno iba alentado de un permanente espíritu de oración. Parecía, en el decir de su confesor, el jesuita Ignacio García, "que el bullicio consiguiente al cargo que desempeñaba, le hubiese grabado en su mente la presencia de Dios". A diario se le veía en la iglesia del jubileo de turno permanecer largas horas en recogida meditación. Este contacto vivo y permanente con Jesucristo dio considerable ímpetu a su tarea pastoral y un sello de sobrenatu-

ralidad a sus acciones, nunca deformadas por un vano y exhibicionista activismo. Su corazón de apóstol sencillo se abría afable con los niños, a quienes adoctrinaba a diario en sus paseos junto al río Mapocho. Fue proverbial su cuidado para con los pobres y enfermos, entre los que derramó, no sólo abundantes limosnas, sino también los más solícitos cuidados, en particular durante una aguda epidemia que asoló la capital. Cuidó de la dignidad y disciplina del sacerdocio, reuniendo para ello un Sínodo cuyas constituciones tuvieron vigencia por más de un siglo. Concurrió, en fin, a un Concilio Provincial en Lima donde contuvo las intromisiones del poder civil y ganó por su sabiduría y elocuencia el título de Ambrosio de las Indias.

Pero este florecimiento pastoral sufrió de improviso un golpe que repercutiría por largo tiempo en la vida religiosa de Chile. En 1767 Carlos III decretaba el extrañamiento de la Compañía de Jesús de todos los dominios españoles. Las confabulaciones racionalistas y galicanas lograban así un resonante triunfo y producían un impacto tremendo en la influencia de la Iglesia.

En Chile la medida significó el cierre de los más importantes establecimientos educacionales y talleres de artesanía, y el éxodo de más de doscientos sacerdotes y otros tantos hermanos coadjutores, estudiantes y novicios. El Obispado de Santiago iba a perder al clero más eficiente y virtuoso, y al de mayor ilustración y segura ortodoxia. El desarrollo cultural del país, que estos hombres alentaron de manera sorprendente, quedaría de súbito detenido y los instrumentos de acción pastoral reducidos a una mínima expresión.

LA CRISIS DEL TIEMPO NUEVO

Falta de su personal más selecto, la Iglesia de Chile vegetó débil por largos años y en pobres condiciones debió afrontar el proceso revolucionario de la independencia. Entonces la pasión política hizo estragos en el clero. Con raras excepciones sus miembros tomaron partido con ardor, unos del lado del credo separatista, como Larráin Salas, Cienfuegos y Henríquez, otros junto a los derechos del rey, como Vargas, Romo y Garro. La disciplina eclesiástica se quebrantó y el Obispo don José Santiago Rodríguez-Zorrilla, comprometido de lleno en la contienda, acabó expulsado del país.

En medio de la gran crisis y alteración institucional, la honda fe religiosa del pueblo de Chile se mantuvo firme. Los fundadores de la república eran católicos sinceros, aunque en muchos de ellos se filtrara un patronatismo exagerado. El primer jefe de la nueva nación independiente, Bernardo O'Higgins, si fue duro con los sacerdotes realistas, no escatimó los públicos testimonios de adhesión a la Iglesia y de sincera piedad. Todos los actos cívicos aparecieron ligados a funciones litúrgicas; el culto a la Virgen del Carmen, patrona de las armas chilenas, revistió un carácter oficial; la instrucción de las escuelas se hizo sobre la base de la doctrina cristiana; y la adhesión a la Santa Sede se manifestó ostensible con el envío a ella de un agente encargado de pedir un representante papal que con plenos poderes resolviera los problemas de la Iglesia de Chile.

Es verdad que la visita al país, en 1824, del delegado pontificio Monseñor Muzzi, no produjo los efectos esperados, pero también lo es que no se rompió en ningún momento la fidelidad a la Silla Apostólica. Las gestiones realizadas más ade-

lante por el gobierno del Presidente Joaquín Prieto, inspirado en claros sentimientos católicos, dieron como feliz término en 1840 la creación de nuevos Obispados en el país y el ascenso a metropolitana de la sede de Santiago. Tocó recibir el palio arzobispal a don Manuel Vicuña, sacerdote piadoso entre los más; alma de diáfana pureza, jamás empañada por las menudas solicitudes del mundo; misionero incesante de las campiñas chilenas y padre solícito de los obreros para cuyo remedio espiritual fundó la Casa de Ejercicios de San José. Su presencia, dulce y suave, iba a ser como un momentáneo arco iris en el cielo cada vez más amenazador de los tiempos. Los ecos de la crisis espiritual de Europa comenzaban a sentirse apremiantes en este extremo sitio del globo y hasta aquí deberían también llegar los embates del laicismo de inspiración francesa.

LA LUCHA CON EL LAICISMO

La presión intelectual y política del libre pensamiento, la campaña de secularización de las instituciones y de ataque a los dogmas y a la jurisdicción eclesiástica, comenzaron a tomar cada vez más cuerpo. Y en esos años difíciles Dios suscitó a la cabeza de la arquidiócesis de Santiago a Monseñor Rafael Valentín Valdivieso.

Tenía a la vista una tarea ímproba: un clero, en general, virtuoso, aunque no siempre sujeto a estricta disciplina y en ocasiones entregado, en afán de modernidad, a los errores del liberalismo; y un laicado piadoso, pero falto de formación y claras directivas.

Era preciso restaurar la autoridad y el poderoso ánimo del Arzobispo se volcó en esta tarea sin un momento de vacilación. El Seminario fue reorganizado desde sus cimientos; reestructurada la Curia sobre nuevos padrones, y emprendida la reforma de los regulares por expresa voluntad de la Santa Sede. Tal renovación de los cuadros de la Iglesia iba a permitir al prelado enfrentar con vigor las demasías del poder civil y la propaganda laicista con que se amenazaba quebrar la unidad cristiana de la sociedad. En esta brega el Arzobispo no sólo debió chocar con hombres de gobierno, sino también con algunos sacerdotes de desviada ideología. No titubeó en fulminar contra los resistentes las debidas penas canónicas, como tampoco en alentar la compacta situación de los laicos en el campo político y en agrupar al clero ortodoxo en la disciplinada Sociedad de Santo Tomás de Cantorbery.

La persona de Monseñor Valdivieso llegó a identificarse con una postura doctrinal que no admitía transacciones. Se la siguió con fervorosa adhesión o se la rechazó con enconada repulsa; pero nunca se la vio rodeada de la fría indiferencia. Por eso su muerte en 1878 fue recibida por los laicistas como la afortunada hora del desquite. De inmediato se pusieron en juego los resortes del patronato para lograr que el gobierno de la arquidiócesis recayera en manos débiles y manejables. Y como el plan fuese resistido por la Santa Sede, se expulsó del país a su representante y se promulgaron leyes destinadas a laicizar el matrimonio y los cementerios. En vano se quiso justificar estos pasos alegando la tolerancia para las demás confesiones, puesto que existían en vigor normas que aseguraban a la minoría no católica la validez legal del contrato matrimonial y el derecho a adecuada sepultura. Lo que se deseaba, en realidad, era abatir el prestigio y la influencia sociales de la Iglesia, privando a sus actos de todo valor ante el derecho. Con la aprobación de estas leyes, decía sin

subterfugios en el Congreso uno de sus patrocinantes, “habremos dado el último golpe a nuestro común enemigo [la Iglesia], que nos molesta en nuestro nacimiento, en la constitución de la familia y aun, después de nuestros días, en la puerta de los cementerios”. Tal era la voz de orden de los defensores de la tolerancia.

En esta hora de prueba, la Iglesia de Santiago estrechó filas en torno del Vicario Capitular Monseñor Joaquín Larraín Gandarillas y un dinámico organismo, la Unión Católica, mantuvo en alto el espíritu de los fieles y movilizó las conciencias a lo largo de todo el país. No podrá olvidarse el testimonio comunicativo de fe que dieron entonces Abdón Cifuentes, Carlos Walker Martínez, Enrique Tocornal, Carlos Yrarrázaval, José Antonio Lira, José Clemente Fabres, Arturo Lyon y tantos otros.

El impresionante clima nacional originado por esta cruzada ideológica, acabó frenando la acción anticatólica. Los mismos que desde el gobierno habían roto las hostilidades levantaron bandera de parlamento y sugirieron a Roma una discreta transacción. El ascenso a la silla arzobispal de Monseñor Mariano Casanova fue el paso decisivo para serenar los ánimos. Poseía una inteligencia sagaz y la necesaria discreción y tacto para ganar a la Iglesia un ámbito favorable al desarrollo de sus funciones. Su amor a la paz se exteriorizó al campo de la vida pública, en su generosa intervención para evitar la ruptura violenta entre el Presidente Balmaceda y el Congreso. Y cuando, a pesar de sus esfuerzos, estalló la guerra civil de 1891, llamó una vez más a la concordia y cuidó de situar a la Iglesia al margen de todo compromiso con los bandos en lucha. Esta misma devoción pacifista le llevó en horas de agrios debates fronterizos a visitar la República Argentina y abrir, con su afable trato y elegante oratoria, paso a la concordia entre los pueblos.

Si como noble misionero de la paz es digno de especial recordación, no lo es menos Monseñor Casanova como diligente pastor al través de su Sínodo diocesano y como empeñoso activador de la tarea educacional. Su nombre quedará ligado a la memorable creación, en 1888, de la Universidad Católica de Chile, urgida por el fervoroso apóstol de la libertad de enseñanza, Abdón Cifuentes, y llevada a la realidad por el tesorero empuje de su primer Rector, Monseñor Joaquín Larraín Gandarillas.

Al dar este paso de excepcional trascendencia para la cultura chilena, la Iglesia añadía una nota culminante a su labor educadora sostenida desde los albores de la nacionalidad. Por otra parte sus hombres, como en aquellos distantes tiempos, volvían a hacerse presentes con brillo, desde el medio siglo adelante, en el cultivo de las ciencias y las letras. Monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre, clarividente fundador del Colegio Pío Latino Americano de Roma, se había distinguido como historiador y analista de los problemas contemporáneos de la Iglesia en Europa y América en obras que corrieron en varios idiomas y contaron con el aplauso de Pío IX, Lacordaire y Montalembert. Monseñor Rafael Fernández Concha llegó a situarse en su tiempo como el más destacado filósofo del derecho en el mundo hispánico. Don Crescente Errázuriz ganó honroso sitio entre los cultores de Clío, con sus estudios acerca de la conquista de Chile. Don Juan Salas Errázuriz surgió como admirable humanista y el mejor traductor de Esquilo a la lengua española. Monseñor Ramón Angel Jara, en fin, logró conmover los púlpitos y asambleas de América y España con su rica y arrebatadora verba.

LA ACCION SOCIAL

Plural en sus manifestaciones, la Iglesia estaba en todas partes. Y mientras unos de sus hijos honraban el campo de la cultura, otros fijaban su atención en los problemas sociales. Los efectos de un industrialismo nacido a la vera de la doctrina individualista y de una noción de la economía apartada de todo contrapeso moral, comenzaron a sentirse en Chile y con ellos, como reacción, los primeros despuntes del socialismo irreligioso. Ya en 1878 Abdón Cifuentes, con el apoyo del Arzobispo Valdivieso, había creado a imitación de Europa, los círculos de obreros; y siete años más tarde los presbíteros Hilario Fernández y Juan Ignacio González Eyzaguirre, fundaron la Sociedad de Obreros de San José, que alcanzó a ser la más importante agrupación de trabajadores del país. La dictación en 1891 de la Encíclica "Rerum Novarum" por León XIII, aceleró la preocupación social de los católicos, y laicos beneméritos como Melchor Concha y Toro, Manuel José Yrarrázaval y Juana Ross de Edwards, entregaron cuantiosos capitales para instituir fundaciones destinadas al fomento de la habitación popular. En la nueva cátedra de Economía Social de la Universidad Católica, Francisco de Borja Echeverría y Juan Enrique Concha alentaron sucesivamente la preocupación por estos temas y la realización de encuestas y estudios monográficos. El movimiento ideológico llegaría así hasta el Parlamento, donde cupo a congresales católicos, por un buen tiempo, mantener la iniciativa casi exclusiva de la nueva legislación social del siglo XX.

Los que se consagraron a esta labor hallaron resuelto apoyo en Monseñor Juan Ignacio González Eyzaguirre, que a partir de 1908 y por diez años, rigió la arquidiócesis. No en vano el prelado hizo de su vida una continua negación de sí mismo y una entrega sin medida al servicio del prójimo necesitado. Junto a los menesterosos y enfermos habían transcurrido sus primeros años sacerdotales en Valparaíso y durante la epidemia del cólera, en 1885, tuvo rasgos de increíble heroicidad evangélica. Ya transformado en metropolitano su instrucción pastoral subrayó con énfasis la urgencia de mejorar los salarios, de fomentar el ahorro popular, de combatir el alcoholismo, de organizar una justicia de menor cuantía más expedita y, sobre todo, de elevar la condición de los inquilinos del campo y hacer posible su paulatina transformación en propietarios. Su convocatoria en 1910 del primer Congreso Social Católico marca un paso importante en el desarrollo de la doctrina en el país. Con razón S.S. Pío XII rememoraría la trascendencia de este hecho en una alocución radial a Chile casi medio siglo después.

EL TIEMPO PROXIMO

En los últimos cuarenta años el ritmo de transformación social e institucional de Occidente, activado por las consecuencias de dos guerras mundiales sucesivas, se ha hecho también presente en Chile. Fuertes reajustes han debido producirse y más de uno con incidencia directa en la vida de la Iglesia. Pero casi todos se han efectuado en un clima de moderación que rara vez ha alterado la humana convivencia. Los cambios constitucionales de 1925 consagraron la separación entre la Iglesia y el Estado, paso en sí grave, aunque consumado con indudable discreción y sincero deseo de no encender una lucha religiosa. Si la Iglesia perdió el sitio oficial de honor

a que tenía derecho por su origen y misión divinas y por ser madre reconocida de la casi unánime población del país, preciso es convenir también que con la abolición del régimen del patronato que la tenía entabada, ganó ella una libertad que le ha servido para activar su mejor desarrollo.

Por otra parte, la sede metropolitana de Santiago, ha continuado prestando a la sociedad el adecuado concurso para las obras de bien colectivo. Y este aporte espontáneo y desinteresado ha sido siempre recibido con beneplácito y respeto de parte de los poderes públicos. Los sucesivos gobiernos eclesiásticos de Monseñor Crescente Errázuriz, historiador ilustre y jefe firme y sagaz; de Monseñor José Horacio Campillo, ejemplo de piedad y mortificación; y del primer Cardenal chileno, Doctor José María Caro, servidor evangélico de los pobres, han mantenido a la Iglesia de Santiago atenta a los grandes problemas de la hora, cuidando a la vez de no mezclarla en el remolino de las contingencias ajenas a su elevada misión.

EL BALANCE

Así ha llegado a enterar cuatro siglos de existencia la arquidiócesis de Santiago. ¿Cómo no contemplar con profunda emoción el camino recorrido por sus egregios pastores y sus fieles ovejas?

Su huella firme y constante la proclama, sin ambages, como:

Iglesia madre de otras Iglesias;

Compañera sin fatiga de la nacionalidad desde su prístina hora;

Auxiliar decisivo en el proceso de la cultura y del desarrollo social;

Unico testigo permanente e inalterado de los cambios profundos del ser colectivo;

Obrero diligente en la escondida tarea del amor;

Dedo de Dios introducido en el tiempo para enderezar los caminos más allá de la muerte...